

Filosofando

El silencio del mundo

Luis Armando Aguilar Sahagún

Hasta poco antes de la edad moderna prevaleció en el mundo occidental la idea de que el mundo está fundado en un “logos”, palabra y sentido. La verdad se funda en la realidad, no en la mente que conoce. La mente logra, en menor o mayor grado, una adecuación que parte de la siempre aprehensión, pasa por el “concebir” la forma inteligible (el concepto) y culmina en el juicio. El logos no suprime al silencio, sino que lo integra. El silencio forma parte de la significación.

Este tipo de realismo ha sido sometido a la dura prueba de la crítica moderna. La primacía del sujeto pensante llevó a que en realidad el mundo “en sí” no es inteligible. El “logos” sería ya sólo “puesto” por la mediación del hombre. El mundo parece una caja cerrada, carente de un lenguaje propio. Pareciera que es el hombre quien imposta los significados a las cosas.

Esta nueva mentalidad ofrece una clave para entender la enorme dificultad que experimenta el hombre para descubrir el lenguaje de las cosas.

Silencio, espera y vacío

Este tipo de contacto con lo real supone, como ha visto la pensadora judía Simone Weil (1909-1943), una “sintonía con su misterio”, una conjunción entre la búsqueda de la verdad, propia de la filosofía y la ciencia, y de amor a la realidad; en concreto, en las situaciones históricas con toda su densidad y sus aristas lacerantes. La verdad es ese contacto con la realidad.

El pensamiento de Simone Weil nace de su enorme capacidad para “ver” y sentir atentamente todo lo que va viviendo. Profesora de Filosofía de Liceo durante algún tiempo, Simone estaba llena de inquietudes sociales, que la llevaron no sólo a participar en acciones sindicales, sino a querer vivir las mismas condiciones de los obreros de las fábricas. Para ello dejó sus clases y trabajó como obrera durante algunos meses.

Para Simone, el centro de una civilización humana perfecta, su utopía política, tendría que estar en el trabajo físico. Pero no como se venía realizando en las fábricas: en cadena, por piezas, sin dejar iniciativa a la persona, y vacío de pensamiento, sino un trabajo que permitiera la atención, la iniciativa, la reflexión y la satisfacción de haber contribuido con una labor importante.

Simone Weil pensaba que el mundo está dominado por un mecanismo ciego de acción y reacción de la materia al que no es posible sustraerse. Es el poder de la “fuerza”, una noción que atraviesa todos los análisis históricos de la pensadora francesa sobre la guerra, desde la de Troya hasta la 2ª guerra mundial. El poder es sólo la capacidad de ejercer y manejar esa fuerza bajo determinadas circunstancias. Pero todo poder es esencialmente frágil. Por eso, quienes lo detentan se ven llevados a procedimientos ilusorios para conservarlo: “Todo poder... para ser estable debe aparecer como algo absoluto, intangible, para aquellos que lo detentan y para quienes lo sufren.” Es por eso que el poder es el origen de los absurdos. En un mundo configurado por esta “fuerza” y por las ilusiones del poder, los hombres se someten unos a otros, se hacen incapaces de relacionarse unos con otros en

igualdad y, sobre todo, de abrirse internamente a descubrir que el mundo está abierto al mundo sobrenatural de la gracia.

Weil pensaba que, por una necesidad natural, todo ser ejerce todo el poder del que dispone. “Como el gas, el alma tiende a ocupar todo el lugar que se le acuerda. Un gas que se contrajera y dejara el vacío sería contrario a la ley de la entropía. No es así para el Dios de los cristianos: es un Dios sobrenatural. No ejercer todo el poder de que se dispone es soportar el vacío. Eso es contrario a todas las leyes de la naturaleza. Únicamente la gracia lo puede. La gracia colma, pero no puede entrar donde no hay vacío para recibirla, y es ella la que hace el vacío”.

La significación

Weil pensaba que lo que llamamos mundo no es real, sino las significaciones que les damos a las cosas lo son. “Nuestra vida está hecha del tejido de las significaciones”. Lo que llamamos mundo es irreal, pero el hecho de que estemos sometidos a él es una realidad. El modo de resolver esta contradicción consiste en estarlo leyendo constantemente. “El mundo es un texto de muchas significaciones”.

El hombre es intérprete de un mundo opaco. El trabajo como obrera para Weil fue un verdadero acercamiento a la realidad en toda su crudeza, misma que denunció, en espíritu de profunda com-pasión por los trabajadores y su situación de explotación. Su fina sensibilidad quedó marcada por la “desventura” a la que exponen esas situaciones.

Weil buscó los gérmenes de vida, las raíces ocultas que pudieran revitalizar a una civilización que juzgaba enferma en la literatura, en la historia, en la lectura de textos de las grandes culturas antiguas, las tradiciones populares y las obras del pensamiento occidental. En ese trabajo de “lectura y traducción”, esperaba encontrar las “palabras equivalentes al silencio” para poder dar nuevas significaciones a un mundo carente de códigos que le den sentido.

El rumor sordo del mundo genera el vacío y el silencio, sin respetarlos. “Los desventurados suplican silenciosamente que se les proporcionen palabras para expresarse”. Parte fundamental de la misión de su corta vida consistió justamente en dar palabras a los desventurados.

El vacío

“Es necesaria una representación del mundo en que haya vacío, a fin de que el mundo tenga necesidad de Dios... Amar la verdad significa amar el vacío, y por tanto la muerte. La verdad está del lado de la muerte”.

Paradójicamente, ese estado genera el vacío necesario para que entre la gracia. “Quien soporta un momento el vacío recibe el pan sobrenatural o cae. Riesgo terrible, pero hay que correrlo, y aun un momento sin esperanza. El acceso a la verdad pasa por la verdad de la desgracia (“soportar” el vacío). “Este es el inmenso privilegio que Dios ha reservado a los pobres. Pero ellos casi nunca lo saben”.

El espíritu corre el riesgo de quedar prisionero del lenguaje. La primera dificultad está en las palabras. La verdad está en el fondo del corazón de todo hombre, pero tan profundamente oculta que es difícil de traducir a lenguaje. El hombre tiene necesidad de expresar “palabras equivalentes a silencio” para poder fijar metas de acción y actuar conforme a ellas, de acuerdo con sus más profundas necesidades.

El poder de las palabras vacías envuelve la realidad concreta de irrealidad. Es preciso eliminar el vocabulario ficticio para volver a entrar en un contacto más puro con lo real. En ese contacto se experimenta la fuerza, sin paliativos ficticios, con los que los poderosos someten a los hombres a la desventura. Sólo un pensamiento arraigado en la verdad puede encontrar las palabras que doten significación al mundo sin engaño ni violencia. Pero la verdad, aquí abajo, está condenada al silencio.

Lo trascendente

La realidad entra en el hombre cuando éste le presta atención. La actitud de súplica silenciosa sería el lenguaje más adecuado de la escucha. Weil intentó pensar juntas la desventura de los hombres, que corresponde a la ausencia de finalidad del mundo terrestre, y el amor de Dios trascendente, el único capaz de ver este mundo tal como es. El poema “La puerta”, abre el acceso a lo más profundo de este pensamiento:

*“Abramos, pues, la puerta y veremos los vergeles,
Beberemos su agua fría en la que la luna ha puesto su huella.
Arde la larga ruta, enemiga de los extranjeros.
Erramos sin saber, y no encontramos ningún lugar.
Queremos ver flores. Aquí, la sed está por encima de nosotros.
A la escucha y sufriendo, henos aquí frente a la puerta.
Rompamos, si es preciso, esta puerta con nuestros cuerpos.
Presionamos y empujamos, pero la barrera es muy fuerte.
Es necesario desfallecer, esperar y observar verdaderamente.
Miramos la puerta. Está cerrada, inamovible.
Fijamos nuestros ojos en ella; lloramos bajo el tormento;
La vemos siempre, el peso del tiempo nos derriba.
La puerta está frente a nosotros, ¿No nos mueve al deseo?
Vale más despedirse, abandonando la esperanza.
Jamás entraremos. Estamos fatigados de verla...
La puerta, al abrirse, deja pasar tanto silencio
que ni los valles han aparecido, ni flor alguna;
Sólo el espacio enorme en el que están el vacío y la luz
se hace presente de pronto, por completo, colma al corazón
y lava los ojos casi ciegos bajo el polvo”*

Esta puerta, a la que hay que llamar a golpes, es el pasaje a lo trascendente. En su umbral, es decir, en el mundo en el que lucha, el hombre se siente haber nacido no para morir, sino para la vida que se abre a quien es capaz de resistir al poder y de sobreponerse a la desgracia. Puede decirse que “el silencio del mundo” queda descifrado en esta trágica paradoja. Así, abierta la puerta, penetra la belleza en el ser humano y la gracia que lo salva. “Dios es la alegría y la creación es desventura, pero una desventura resplandeciente de luz y de alegría”.